



PANDEMIA Y DESIGUALDAD: “EL VIRUS NO ES DEMOCRÁTICO”

Con todas las dimensiones imprevisibles y azarosas bajo las que se entretejen nuestras vidas las mismas transcurren, sin embargo, bajo patrones de comportamientos de interacción –con los semejantes y la naturaleza- previsibles y presumibles de reciprocidad. Esto obedece al carácter sedimentado de la vida social donde determinadas conformaciones estructurales e institucionales se han impuesto sobre otras posibles alternativas históricas y se han vuelto habituales, con sus convenciones y reglas naturalizadas: “las formas sedimentadas de la “objetividad” constituyen el campo de lo que denominaremos lo “social” (Laclau: 2003: 51) y se ha producido un olvido sobre otras posibles formas de vida social que, finalmente, fueron desestimadas. La expresión “vida cotidiana” recoge este sentido que el hábitat que habitamos imprime una fuerte habitualidad a nuestras conductas colectivas. Se crea una suerte de “complicidad ontológica” bajo la cual comprendemos el mundo con las categorías que hemos incorporado de ese mismo mundo.

Sin embargo, hay acontecimientos insospechados –una guerra de vastos alcances relativamente no prevista, un desastre ambiental, un genocidio, por poner algunos ejemplos- que interrumpen el proceso de significación social, es un hecho disolvente que desanuda el tejido social y algunos pensadores lo caracterizan como una instancia de “dislocación”, la irrupción de un acontecimiento traumático. Los sistemas simbólicos propicios para ofrecernos una interpretación del mundo son perforados en su empeño para lograr tales propósitos y la dislocación transfigura así lo que concebimos como lo “objetivo” y dador de certidumbres para revelarse como un trauma originario que se expresa como angustia, extrañamiento y dolor. Bajo este marco disruptivo radical podemos inscribir la pandemia corona virus 19 –una expresión más de la tan encomiada globalización- con sus efectos también globales y “totales” sobre los individuos y el conjunto de la población, abarcando desde los regímenes cotidianos de vidas, los intercambios económicos, las medidas sanitarias hasta las configuraciones políticas y culturales, para citar sólo algunas.

Estas mutaciones estructurales y los consiguientes trastocamientos en los procesos de subjetivación han provocado una proliferación inflacionaria de narrativas todas inspiradas por la común ilusión de aprehender un núcleo duro que permita descifrar su secreto último o marcarnos los nuevos destinos que debe transitar la humanidad para un fenómeno que en realidad es profundamente dispersivo y sujeto a una miríada de perspectivas e intervenciones. Así, nos encontramos con altisonantes profecías que conciben el virus como un indicio del colapso del neoliberalismo y cuya superación estaría dado por un remozado comunismo –Zizek-, pasando por Agamben quien reprocha las excesivas medidas sanitarias para una enfermedad sin mayor gravedad y lo que facilita, en realidad, es robustecer el estado de excepción con las consiguientes restricciones



“2020 - Año del Bicentenario del Paso a la Inmortalidad del General Manuel Belgrano”

de las libertades individuales y menoscabo de las instituciones democráticas hasta Byung Chul-Han para quien con la pandemia nos dirigimos hacia un régimen de vigilancia biopolítica; así los orientales haciendo un uso intensivo de los big data que si bien les ha permitido controlar más eficazmente los focos de contagio también les ha permitido eficientizar y fortalecer los mecanismo de control de la población.

Estas y otras innumerables especulaciones y programas de intervención, con mayor o menor asidero o extravagancia especulativa, son síntomas, en realidad de aquellas otras historias marginalizadas y desoídas oportunamente por aquellas opciones institucionales, intelectuales y políticas finalmente impuestas en su momento por la sedimentación social. No han sido mezquinas las diversas corrientes que hicieron oportunas y estertóreas advertencias sobre el devenir de la vida vivible en el planeta: parte de la comunidad científica internacional previniendo el cambio climático y sus efectos sobre el calentamiento global; los grupos ecologistas amonestando las irrestrictas políticas extractivistas y los llamados de los pueblos originarios a restablecer una relación más armónica y orgánica con la naturaleza, entre otras voces exhortativas.

Las políticas hegemónicas neo-liberales no sólo silenciaron esas expresiones, sino que no dejaron límites sin transgredir con el solo afán de incrementar un lucro desmedido y concentrarlo en una escandalosa minoría. Precisamente, la actual pandemia condensa, por una parte, los pronósticos convergentes de esos discursos soslayados y, por otra parte, ha puesto al desnudo la inusual distribución inequitativa de las riquezas y recursos materiales y simbólicos acumulados históricamente. A la sentencia de Chul-Han de que el “virus no es democrático” Judith Butler le replica que, en realidad y en principio, el virus no discrimina; podríamos decir que nos trata por igual, nos pone igualmente en riesgo de enfermarse, perder a alguien cercano y vivir en un mundo de inminente amenaza. Sin embargo, concede que los desequilibrios provocados en la naturaleza aunados a las flagrantes desigualdades sociales a nivel mundial “dan testimonio de la rapidez con la que la desigualdad radical, que incluye el nacionalismo, la supremacía blanca, la violencia contra las mujeres, las personas queer y trans, y la explotación capitalista encuentran formas de reproducir y fortalecer sus poderes dentro de las zonas pandémicas. Esto no debería sorprendernos” (Lavaca, 27/03/2020).

En efecto, según el informe de OXFAM Internacional el coronavirus nos amenaza a todos, pero se ensaña con las personas más vulnerables. Casi 3.000 millones de personas en todo el mundo en desarrollo no tienen acceso a agua potable, y muchos millones más no tienen acceso a servicios adecuados de atención médica y viven en barrios marginales abarrotados o en campamentos para personas refugiadas donde el aislamiento social es imposible. La pandemia ha causado un sufrimiento generalizado en los países ricos, saturando algunos de los mejores sistemas de atención médica del mundo. Con la propagación del virus a muchos países con altos



“2020 - Año del Bicentenario del Paso a la Inmortalidad del General Manuel Belgrano”

niveles de pobreza y desigualdad, su impacto podría ser catastrófico y afectar de manera desproporcionada a las mujeres. La preocupación se concentra, naturalmente, en la circunstancia de que el coronavirus se establezca en países en desarrollo y aquello en mayor situación de pobreza, con sistemas públicos más frágiles y en los que la población ya sufre la falta de una atención médica adecuada o asequible, la inseguridad alimentaria y altas tasas de malnutrición. En esos países, muchas personas viven en asentamientos urbanos informales o barrios marginales en condiciones de hacinamiento y de saneamiento deficiente.

Todo ello supone un desafío adicional para el distanciamiento social, el lavado de manos y el rastreo de los casos para evitar que el virus continúe propagándose. En muchos países, los mercados se han visto afectados y las cuarentenas comunitarias han provocado pérdidas de ingresos. Millones de trabajadoras y trabajadores se han visto forzados a quedarse en casa sin cobrar. Otras personas que desempeñan los trabajos peor remunerados y con mayor inseguridad no pueden aislarse de este virus mortal. Entre el 6 % y el 8 % de la población mundial podría verse sumida en la pobreza por el paro de las actividades económicas impuesto por los Gobiernos para controlar la propagación del virus. Las Naciones Unidas estiman que la crisis podría destruir cerca de la mitad de los empleos en África. Más de la mitad de la población mundial podría vivir en condiciones de pobreza tras la pandemia.

En “Emergencia sanitaria y desigualdad social”, Dávalos (CLACSO, 2019) señala que la pandemia no llegó al mundo de igual manera, como sobre una tabula rasa, sino que nos cayó luego de treinta años de la vigencia de un modelo económico que aumentó “las desigualdades sociales nacionales e internacionales, depredó la naturaleza, desmanteló los sistemas de seguridad social, privatizó los servicios de salud y educación, generó movimientos migratorios sin precedente, hizo precario el empleo formal y arrojó a la informalidad a la mayoría de la población económicamente activa en los países del Sur”. Igualmente se añade que el modelo económico actual se ha mostrado incapaz de evitar de proporcionar de dar respuesta a la emergencia como la que ahora se transita. El virus ha puesto de manifiesto que el viejo modelo económico se ha agotado y no resuelve las necesidades de las grandes mayorías. No lo hace ni lo puede hacer porque funciona solamente en torno de la reproducción del capital y la maximización de la ganancia: sólo se reproduce a sí mismo.

Según un informe de las Naciones Unidas (Disponible en: <https://www.onu.org.ar/stuff/Informe-COVID-19-Argentina.pdf>) dirigido a examinar la situación de Argentina y bajo el marco de la declaración de pandemia (11 de Marzo de 2020), este país adoptó medidas precautorias tempranas tales como el aislamiento social, preventivo y obligatorio (ASPO) en toda la jurisdicción nacional para aquellas personas que no estuvieran comprometidas en servicios esenciales de la economía; tal medida entró en vigencia el 20 de marzo. La



“2020 - Año del Bicentenario del Paso a la Inmortalidad del General Manuel Belgrano”

cuarentena obligatoria ha generado un amplio consenso en torno a sus niveles de eficacia en cuanto ha permitido que la curva de contagios permanezca aplanada, aunque con cifras preocupantes en el AMBA y el Gran Chaco.

En el nivel nacional se diseñó el “Plan Operativo de preparación y respuesta al COVID-19” con el objetivo de detectar oportunamente a las personas que lo padecen; minimizar la diseminación de la enfermedad, la morbilidad y la mortalidad; asistir en forma adecuada a las personas enfermas; monitorear e investigar brotes que puedan ocurrir; identificar y caracterizar la naturaleza del virus y la gravedad clínica de la enfermedad; recomendar estrategias de manejo específicas de enfermedades respiratorias; contribuir a la recuperación rápida y segura de individuos. Para acompañar la coordinación gubernamental, se conformó un consejo de asesores/as sanitarios, formado por diversos/as expertos/as, que brinda respaldo técnico a las decisiones que se han ido tomando.

En realidad, nuestra política sanitaria que lo es también económica y política, se inscribe en un calidoscopio indefinido de políticas, estrategias de mayor o menor restricciones, de cuarentenas más o menos rígidas que ha llevado a dispares resultados, aunque cualesquiera fueran ellas, la caída de la economía ha sido, por igual, brutal; sí es apreciable y donde la diferencia es significativa es el mayor o menor número de víctimas que ha provocado una u otra política.

Sin embargo y desde una perspectiva civilizatoria lo más relevante y significativo no es la mayor o menor fortuna, el éxito o fracaso relativo que puedan alcanzar los diversos diseños adoptados por los diversos países o regiones sino preguntarnos sobre las condiciones que han hecho posible esta situación que puede repetirse, bajo formas distintas, indefinidamente sino se modifican radicalmente dichas condiciones. Ese es el valioso aporte que ha brindado un equipo interdisciplinario de reconocidos científicos de diversos institutos del CONICET y de la UNC. Precisamente señalan que no es una crisis ocasional más sino una profunda crisis ambiental y civilizatoria y que nos impone una disyuntiva inexorable: seguir un derrotero imprevisible o provocar un fuerte cambio de rumbo. Si bien reconocen que las infecciones virales han sido frecuentes a lo largo de la historia, la actual ha sido creada por nosotros o, mejor dicho, “por nuestro modelo actual de apropiación de la naturaleza. Estamos avanzando sobre ecosistemas en donde nunca antes hubo un contacto estrecho y frecuente entre persona y animales silvestres”. Entre otras circunstancias, citan a la deforestación como aquello que ha permitido que entren en contacto animales silvestres con animales domésticos y facilitado que los virus muten y salten a los animales domésticos y a las personas. Esta condición se ha visto

“2020 - Año del Bicentenario del Paso a la Inmortalidad del General Manuel Belgrano”

facilitada en su expansión por la globalización del tránsito de mercancías y personas, la persistencia de focos de pobreza, el hacinamiento y la vulnerabilidad en muchas regiones y sectores sociales del país.

A ello se suma el cambio climático global, el deterioro de la biodiversidad, la creciente desigualdad social y la concentración de la riqueza dentro y entre países. Estas situaciones no agotan los factores que han convergido a generar esta anomalía dislocadora pero lo sustancialmente importante que destacan es desestimar inequívocamente volver a la "normalidad pre-pandemia" ya que nos asegura la consecución a una situación ambiental insostenible y socialmente injusta. Sin embargo, el documento no se limita a un relevamiento diagnóstico, sino que hace un importante aporte con propuestas concretas y específicas que marquen un horizonte posible alternativo que evite la presunta vuelta a la "normalidad". Siete son las propuestas y cada una de ella sustantiva y sugerente en ideas creadoras e innovadoras (Disponible en: <https://www.lavoz.com.ar/ciudadanos/covid-19-es-resultado-del-modelo-de-apropiacion-de-naturaleza-un-planteo-de-investigadore>).

De todos modos, nos interesa destacar una en particular que, estimamos, sintetiza los presupuestos filosóficos y axiológicos de las propuestas: “Adoptar el enfoque de “una sola salud”. Este reconoce las interconexiones entre la salud de las personas, los animales, las plantas y nuestro entorno compartido. Por lo tanto, reconoce que los problemas de salud humana no ocurren de manera independiente de la salud de nuestros ecosistemas, entendiendo como tales no sólo a los ambientes naturales más prístinos, sino también a los espacios rurales y urbanos donde desarrollamos las actividades productivas y nuestra vida cotidiana, y donde coexistimos y nos relacionamos con otros seres vivos. Un enfoque de “una sola salud” contribuiría a una mejor toma de decisiones y a que estas tengan en cuenta los costos y las consecuencias a largo plazo de las estrategias de desarrollo, tanto para las personas como para la naturaleza, ya que los procesos de salud-enfermedad no se pueden pensar separados del ambiente y las condiciones sociales. También supone ofrecer alternativas viables y sostenibles de trabajo digno y proteger la salud de los grupos sociales más vulnerables”.

Gobierno de la Provincia de Córdoba

Ministerio de Educación

Secretaría de Educación

Dirección General de Desarrollo Curricular, Capacitación y Acompañamiento Institucional

Área Desarrollo Curricular. Equipo de Ciencias Sociales y Humanidades

Noviembre 2020.